

PRIMERA

PARTE

PEQUEÑOS EPISODIOS DE UNA VIDA GRANDE

CONTIGO
TODO ES POSIBLE
MADRE TERESA
GERHARDINGER
1797-1879

HERMANAS DE LAS ESCUELAS
DE NUESTRA SEÑORA
- ARGENTINA -

1

La historia que vamos a conocer comienza junto al

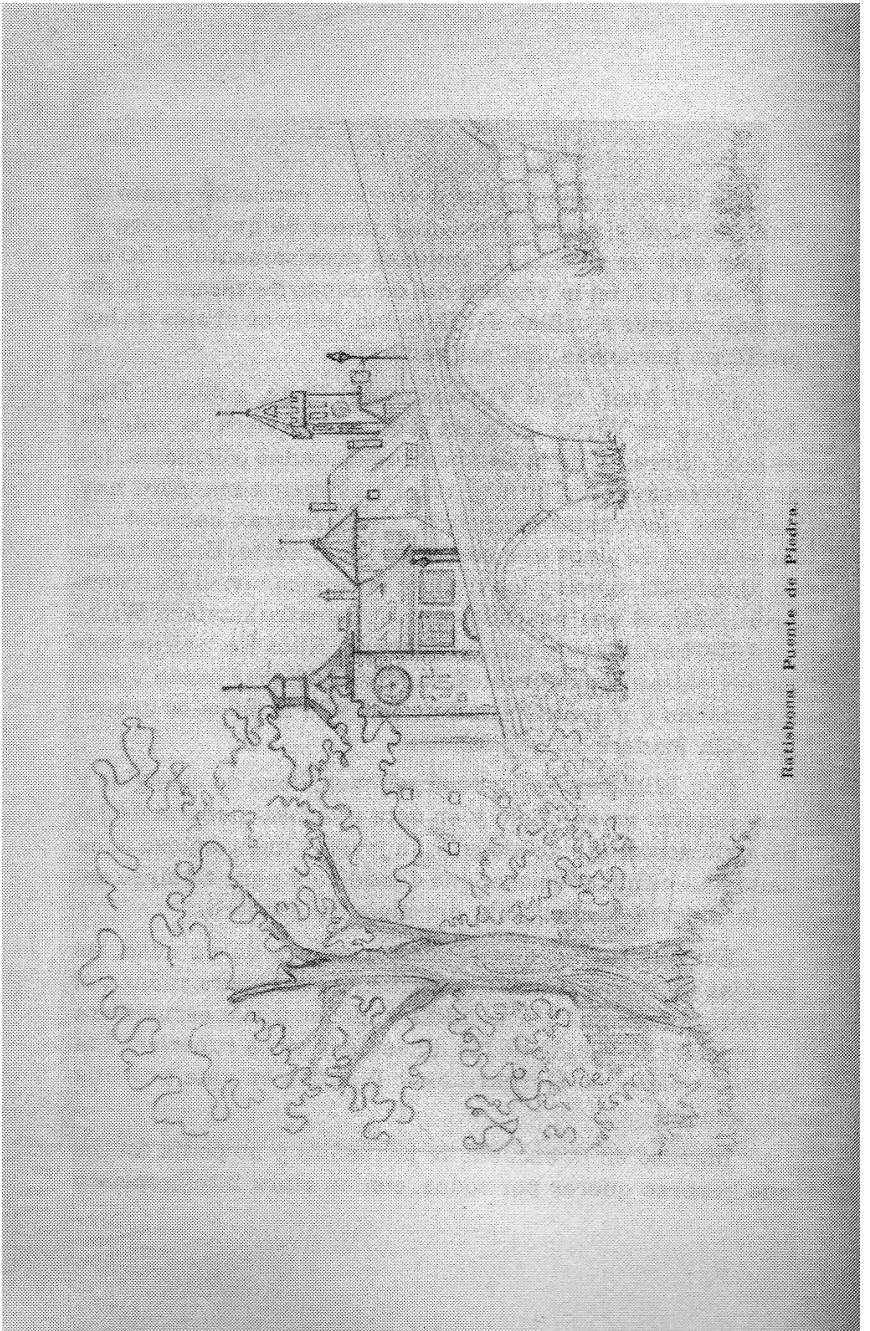
Danubio azul y algunos decenios antes de que naciera el célebre vals de Strauss. Comienza precisamente el 20 de junio de 1797, en la víspera del comienzo de verano. Sí, de verano, porque a orilla del Danubio, junio es el mes de las praderas hermosas, del sol radiante...

1797. Aquí, en el Virreinato del Plata, gobierna Don Juan José de Vértiz. Allá, en la lejana Baviera, la vida no es muy diferente de la de nuestras ciudades coloniales. No hay ferrocarriles y no hay rutas pavimentadas, pero hay ríos. Dos ríos bastante importantes arrastran hacia el sur los troncos de pinos que se abaten en el norte. En Ratisbona, donde las aguas y los troncos se vuelcan en el Danubio, éstos últimos son pescados por el maestro naviero Willibald Gerhardinger y sus muchachos. Ellos los unirán formando balsas considerables, capaces de llevar hasta Viena a personas y mercaderías. Una vez allí, la balsa se desarma y la madera se vende.

Don Willibald es un hombre joven, lleno de energías y muy diestro en su oficio. En esta gloriosa mañana de junio está rebotante de alegría: su joven y linda esposa le ha dado una niñita preciosa, que desde ya y para siempre será la alegría y el orgullo del maestro naviero.

Es una suerte que a pocas cuadras de su casa las monjas de Notre Dame tienen una escuela para niñas del pueblo, porque allá por el año 1800, el poder ir a la escuela era en general privilegio de las niñas de la clase superior. Y la pequeña Carolina Gerhardinger fue toda su vida una hija del pueblo.

Ingresó en la escuela de pequeñita y no podía menos que hacerse querer por todos, con su clara inteligencia y



Ratisbon. Puente de Piedra.

su sonriente generosidad, reflejadas en un par de profundos ojos azules. Algunas veces, las reverendas Madres de Notre Dame introdujeron clandestinamente en su clausura a la simpática rubiecita; más tarde, Carolina les ayudaría en la corrección de los cuadernos. Y en su tiempo libre, ¡ah! en su tiempo libre, ¡cuántas novedades oía de viajeros que iban y venían!, pues en su casa siempre había movimiento. Claro, las veladas más lindas eran las que seguían al retorno de don Willibald de uno de sus largos viajes. Carolina se desvivía por acompañarle, siquiera una vez, a la noble ciudad imperial, a Viena. “Cuando termines la escuela, te llevaré”, le prometió el papá.

2

Estamos aproximándonos al año 1810. Aquí, en el Virreinato del Plata, hemos vivido las invasiones inglesas y vamos madurando hacia la Revolución de Mayo. En España, Napoleón Bonaparte ha arrebatado el poder. Pero no sólo en España; el suelo de toda Europa resuena bajo la bota de hierro del Corso. También a Baviera llega la lucha de las armas y la lucha de los espíritus. Carolina, la hijita única del maestre naviero, va todos los días a su querido colegio, todavía. Pero, ¿hasta cuándo podrá seguir?

Hay rumores de que el gobierno no es nada favorable a los colegios de Hermanas. Muchas comunidades religiosas del país ya han sido destruidas. ¿Sería por eso que Carolina a los nueve años es puesta con las de doce, en el curso de las que ya van a egresar de la escuela? Ciertamente, ella es muy inteligente... pero ¡tiene recién nueve años!

Según la costumbre de la época, el último año escolar es el de la preparación para la Primera Comunión. Carolina

participa de la catequesis, pero sin pensar en privilegios. ¡Cuál no es su asombro y su alegría, cuando el Padre Jorge le dice, que pese a su corta edad, también ella podrá comulgar!

Un año más tarde, la guerra sacude a Ratisbona. Napoleón persigue a los austríacos que huyen en completo desorden hacia Bohemia. Y para impedir que se reorganicen, ordena bombardear la hermosa ciudad de Ratisbona, convirtiéndola en un mar de llamas, escombros y cenizas. Escuchemos las palabras con que la propia Madre María Teresa de Jesús, muchos años más tarde, relata aquella noche más horrible de su infancia:

“Fue un espectáculo impresionante, el ver volar por el aire las bombas encendidas. Uno se acurrucaba angustiado, y el sentir los estampidos de los cañones era cada vez como puñaladas en el corazón.

“Muy entrada la noche, nos encontramos, mis padres y los empleados, en la habitación del piso bajo. En las ventanas se reflejaban las llamas de Ratisbona. Con estrépito tremendo atravesaban los austríacos el Puente de Piedra, muy cerca de mi casa.

“Nosotros rezamos el Rosario una y otra vez. Cada vez que lo terminamos, se hizo entre nosotros un silencio impresionante. El pánico nos anudaba las gargantas.

“Mi padre se alejó diciendo: “voy a subir al desván, para ver mejor el tumulto’. Yo le seguí a hurtadillas. Se sorprendió al verme de pronto a su lado y me preguntó qué quería. Le contesté: ‘Yo también quisiera ver mejor el tumulto’.

“Parece que le agradó mi coraje. Me alzó sobre sus hombros, para que tuviese un panorama más amplio.

“Era horrible ver elevarse las llamaradas de más de cien casas y erguirse como una gigantesca antorcha la torre de San Pablo con su techo incendiado, hasta que al fin se derrumbó, arrojando chispas a gran distancia. Al reflejo del incendio se podían ver los austríacos fugitivos cruzando el puente a toda prisa. Tronaban estrepitosamente los cañones y carros de municiones, el galope de los caballos, los toques alternantes de tambores y trompetas...”.

A los pocos meses, Carolina terminó sus estudios primarios: justo a tiempo, pues el Colegio de Notre Dame debió cerrar sus puertas para siempre.

Era el mes de agosto del año 1809.

3

Ríen y juegan las olas del Danubio azul. Ríe y juega el sol que se refleja en ellas. Ríe y juega el viento entre los bucles dorados de una jovencita desbordante de felicidad.

Sí, es Carolina, Carolina Gerhardinger, que al fin se encuentra en su tan ansiado viaje por el gran río, rumbo a Viena. Está de pie, erguida, al lado de su padre, en el puesto del Capitán. Sus ojos beben insaciables la belleza del panorama que cambia constantemente. Sus miembros, azotados por el viento, se llenan de vigor y de frescura. Y su corazón salta de alegría y de gratitud hacia ese padre bueno y fuerte que a su lado conduce el convoy, y hacia su otro Padre, el del cielo, que tanta hermosura ha puesto en su camino.

Vuelve a sentir la emoción que la hizo estremecer esta mañana, cuando todos los viajeros de pronto, unidos en un solo entusiasmo, comenzaron a cantar: “Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia”, mientras el convoy lentamente bordeaba la montaña en cuya cima se divisaba el santuario de María Taferl.

Repentinamente, una brusca sacudida interrumpe su contemplación. Gritos de angustia y de espanto, reclamos de socorro, manos que desesperadas buscan un sostén... Carolina, sorprendida, echa una mirada al rostro de su padre y comprende: están junto a uno de esos temidos remolinos que hacen difícil la navegación en el Danubio.

La balsa se ha inclinado peligrosamente hacia un lado, pero el experto maestre naviero domina la situación. Y mientras él con toda su fuerza y su habilidad obliga a la embarcación a seguir adelante, la niña ayuda con la mayor naturalidad a rehacer el orden, y su sonrisa confiada y serena va borrando el miedo de todos los rostros.

Esa noche, en la posada, todos hablan con asombro y admiración del valor extraordinario de la pequeña. El padre no cabe en sí de orgullo y de felicidad, y se propone demorar uno o dos días más que de costumbre la estadía en la ciudad imperial, sólo para darle gusto a esa pequeña viajera suya.

Este primer viaje de Carolina, lejos de apagar su sed de lejanías, la aumentó. Una y otra vez el padre la volvió a llevar consigo. Así, Carolina se enriqueció siempre con nuevos conocimientos y experiencias.

Pero también en su casa hubo mucho para aprender. Sí, el oficio del padre le enseñó a tratar sin timidez con la gente de mundo, y junto a su madre aprendió a brindarse a los pobres, los enfermos, los marginados. Acompañando a su

padre, se ensanchó su horizonte; no hubo cosa bajo el sol que no despertara su interés. Estando con su madre, descubrió no sólo la alegría en las pequeñas tareas de un hogar sencillo, sino sobre todo, la de darse sin regateos ni alardes a todos los que necesitaban de su buen corazón.

Así se podía decir de ella lo que el Evangelista San Lucas dice de Jesús, cuando tenía la misma edad: “Crecía constantemente en edad y sabiduría y gracia ante Dios y los hombres” (Lc. 2,52).

4

Si usted alguna vez tiene oportunidad de conocer a Ratisbona, si usted alguna vez entra en la hermosa catedral gótica, junto a una puerta lateral se encontrará de pronto frente a la sepultura de uno de los hombres más grandes y más queridos de esa ciudad y de la comarca. Más que una sepultura se parece a una capilla muy íntima, donde nunca faltan flores, ni luces, ni visitantes. Es que todavía, como hace casi dos siglos, la gente cuenta con el Padre Miguel Wittmann, tan austero consigo mismo y pura bondad para todos los necesitados.

El Padre Miguel era párroco de la Catedral a comienzos del siglo XIX. Era también rector del Seminario diocesano, y esto le trajo no pocos dolores de cabeza, pues un gobierno más que anticlerical le puso todas las trabas posibles.

Pero aquella mañana otoñal de 1809, la expresión seria y preocupada de su rostro no tenía nada que ver con los jóvenes aspirantes al sacerdocio. Este día, como el día anterior y ya hacía muchos días, se encontraba en el mismo callejón sin salida: en el suburbio de Stadtamhof, las niñas

habían quedado sin escuela. El gobierno, enemigo de la religión, había desatado tal campaña contra las comunidades religiosas y contra las escuelas católicas, que muchas de ellas sucumbieron. Y el pasado mes de agosto, año 1809, había cerrado sus puertas el Colegio de Notre Dame.

No había más religiosas en Stadtamhof. ¿Dejaría de existir también el alegre bullicio de los recreos y la amorosa seriedad de las pequeñuelas luchando con el abecedario o con las talas de multiplicar? ¿Caerían en la vagancia las chiquillas del pueblo humilde, como en otros lugares, donde para ellas no había escuelas? ¿Cuál sería su futuro?

El Padre Miguel pensaba y rezaba, rezaba y pensaba, y vivía aún más austeramente para ganar por medio del sacrificio la ayuda de Dios en este problema que tanto afligía su corazón...

5

Carolina está contenta. Riega las plantas del pequeño jardín de su casa y tararea una canción. Ha pasado un día lleno de actividades. Por la mañana, guiada por el Padre Jorge, ha enseñado a veinte chiquillas las cosas que, hace unos años, ella había aprendido de las Hermanas de Notre Dame. Sus compañeras, Ana y Margarita, también tienen un grupo de veinte cada una. Harían falta algunas ayudantes más, pues el Padre Jorge tiene que atender a ciento veinte alumnas a la vez.

Carolina lo admira: nunca pierde la paciencia; nunca parece cansarse del aire gastado de ese salón repleto, ni de la tarea monótona de repetir siempre las mismas cosas

simples, que muchas veces se resisten a entrar en las cabecitas de las pequeñas.

Ella, Carolina, sueña con otras cosas. Sus sueños van al mismo tiempo hacia la lejanía y a lo más cercano. Le encanta atender la casa, sorprender a su madre con un trabajo ya terminado antes de que ella se lo pueda pedir, preparar unas albóndigas espectaculares para su padre, anotar a los pasajeros que la semana próxima van a viajar a Pasovia, a Linz o a Viena, o recibir los encargos de los que desean hacer llegar algún saludo a sus parientes, o escuchar los recuerdos de los que habían viajado el mes pasado...

A ella también le gusta viajar. Pronto llegarán las vacaciones, entonces nada le impedirá acompañar a su padre hasta donde él vaya. ¡Qué alegría, la de sentirse hamacada por el movimiento de las olas, de ver aparecer y desaparecer a sus dos lados bosques, montañas, campos, pueblos y ciudades, de conocer a gente nueva, sus costumbres, sus alegrías y penas, su modo de pensar, de trabajar y de divertirse, y de sentir en todo la cariñosa complicidad de su padre, ¡el jefe apreciado por todo el mundo!

En estos días, papá está en casa, y Carolina se quedaría desde la mañana hasta la noche junto a él, haciéndole preguntas y escuchando sus relatos. Sin embargo, todavía le falta corregir algunos cuadernos y arreglar algunas labores, planchar la ropa que hace un rato ha sacado de la soga y terminar de dobladillar el percal para aquella viejita del asilo. ¡Ah!!, sí, los días son cortos: no hay tiempo para aburrirse.

Carolina canta y sueña y riega las plantas y saca los yuyos y barre la vereda y...

“Buenas tardes, Carolina”, dice una voz grave y amable a sus espaldas.

“Oh, buenas tardes, Padre. ¡Alabado sea Jesucristo!”

“Por siempre sea alabado. Carolina, necesito hablar con tus padres y contigo también”, le responde el Padre Miguel Wittmann.

¿Conmigo?, piensa sorprendida la niña mientras conduce al visitante a la sala. El corazón le palpita. ¿Qué podría haber hecho pensar en ella al venerado párroco de la Catedral?

6

Carolina se lava las manos, se saca el delantal, se pasa los dedos por los cabellos un poco despeinados...

¿Qué lo habrá traído hasta aquí al Padre Miguel? En seguida lo sabré, piensa, mientras entra en la sala, donde ya está el párroco conversando con papá y mamá.

Los tres la miran. La miran de un modo extraño, se diría, con una mezcla de seriedad y cariño especiales... “Hijita,” dice finalmente el maestro naviero, “el Padre nos dice que está muy contento con tu trabajo con las pequeñas. Y dice que será necesario que sigas ayudándole en ello...”.

“¿Seguir en la escuela, después de las vacaciones? ¡El año que viene?”

A Carolina no le atrae la idea. Hace tiempo está ansiando poder cambiar aquella vida monótona y encerrada por la libertad del Danubio y por la frescura y el calor

hogareños. Pero el Padre Miguel asiente: “Sí, el año que viene... y muchos años más, si Dios quiere. Carolina, el Padre Jorge podría prepararte para hacer de ti una buena maestra”.

“¿Maestra, yo?”

Carolina sólo lo piensa, pues es una niña buena y respetuosa. Pero es tal el susto que se ve reflejado en su rostro, que su madre dice dulcemente: “Creo, Carolina, que es Dios el que te está pidiendo este sacrificio”. Y la mirada alentadora de su padre le dice lo mismo.

“Yo, maestra...”

Carolina baja los ojos: no quiere que se vea la lucha entre sus viejos sueños y su sentido del deber, mientras el Padre Miguel dice pausadamente. “Nuestro Señor Jesucristo está sufriendo tanto abandono, desprecio, ignorancia y miseria en sus pobres... Tú, Carolina, podrías ayudarlo...”.

Carolina sigue con los ojos bajos. En su cabeza se desata un remolino de pensamientos encontrados: Pasovia, Linz, Viena... Un salón estrecho y mal ventilado con ciento ochenta chiquillas mal vestidas y a veces tan torpecitas... Es el Señor Jesús que sufre el abandono, el desprecio, la ignorancia, la miseria en sus pobres... Tú, Carolina, podrías ayudarlo... Creo que es Dios el que te lo pide... Sí, pero, ¿y el Danubio, y el sol sobre las crestas plateadas de las olas, y las maravillosas ciudades lejanas, y... Nuestro Señor Jesucristo sufre... y tú, Carolina, podrías ayudarlo...

Por la ventana abierta, la brisa del atardecer trae el sonido grave de una campana. Es la hora en que en todo hogar cristiano se reza el saludo del ángel a María, y la

respuesta que hizo bajar a la tierra al Hijo de Dios: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”.

También las cuatro personas reunidas en la pequeña sala lo rezan, y es incomparable la calma y la fuerza que van invadiendo el corazón de Carolina, cuando repite: “Hágase en mí según tu palabra”.

“Amén”, responde el Padre Miguel, y también los generosos padres de Carolina responden: “Amén”.

7

Han pasado cinco años. Carolina, que ahora tiene diecisiete, ya es maestra. También lo son su amiga Ana Hotz y otra joven, algo mayor que ella, Ana Praun.

Ponen toda su alma en el quehacer escolar, y no es de extrañar que la escuelita va viento en popa, si bien nunca falta algo de lo que las personas mayores llamarían problemas, pero que ellas en su entusiasmo juvenil toman como una aventura.

El estado no les paga nada, pero tampoco las molesta. Eso sí, hace tres años les quitó el viejo edificio escolar, pues lo necesitaba para instalar un cuartel. ¿Adónde iban a ir con sus chiquitas? Las tres maestritas, el Padre Jorge y el Padre Miguel se rompían la cabeza, hasta que dieron con una solución: ¡el asilo de ancianas!

Las viejecitas del asilo compartían con gusto sus escasas comodidades con el alegre enjambre estudiantil. El primer grado, que era el de Carolina, pasaba a funcionar durante algún tiempo en la habitación de una anciana que poseía una cabra. En días lindos, la anciana y la cabra salían a

pasear, y Carolina con sus niñas eran dueñas de la habitación. Pero cuando llovía, la viejecita y su cabra permanecían en un rincón del aula improvisada, y entonces solía ocurrir que no sólo las niñas, sino también la chivita contestaba en voz alta las preguntas de la joven maestra.

Carolina, que había aceptado su tarea como un servicio a Dios y a las niñas pobres, ponía todo el ardor de su corazón generoso en ella. Y las chiquitas le respondían con su amor y su entusiasmo. Por nada del mundo querían faltar a clase. Las mamás, los papás, los vecinos, las autoridades, todos los que conocían la escuelita de Stadthof quedaban encantados. Hasta se decía que tal vez para el año próximo se les iba a dar un edificio escolar, y quizás, quién sabe, aun iban a pagar a las maestras el sueldo que en realidad les correspondía...

Por las dudas, Carolina y Ana ya hacían proyectos de viajes para las vacaciones.

Pero había otra cosa más que le quitaba a Carolina el sueño.

En su corazón había empezado a prender, primero muy despacito y luego de un modo cada vez más apremiante, el amor más puro y más profundo que cabe en un corazón humano: el amor a Cristo.

Carolina vio cada vez con más claridad, que sólo en este amor podría hallar la plenitud de su vida, y que su felicidad estaría en darle a su Cristo amado todo, todo lo que era y lo que tenía y lo que podía...

Pero, ¿cómo hablar de estas cosas? ¿Cómo podría expresar lo que desbordaba su corazón? Y sin embargo, ella sintió que era necesario abrirse a alguien. Pero, ¿a quién?

¿Quién la podría comprender? ¿De quién podría esperar consejo y ayuda?

Cavilaba y cavilaba, y se decidió: “Hoy iré a ver al Padre Miguel y se lo diré todo. ¿Qué contestará? ¿que estoy loca? ¿que soy una pretenciosa? ¿qué estas cosas son demasiado grandes para mí?

Pero no: aquella tarde, después de haber escuchado atentamente la revelación de Carolina, el buen Párroco respondió en voz muy baja, ahogada por la emoción: “Pensar que hace cinco años que vengo pidiendo a Dios religiosas para nuestra escolita... Carolina, creo que Dios está contigo. Confíemos en Él, y, en nombre de Dios, ¡adelante!

8

Carolina ha resuelto consagrar su vida a Dios.

Ya podrán venir todas las dificultades que quieran: ella está dispuesta a pasar por el agua y por el fuego, con la intrepidez de los enamorados. Y es tal su entusiasmo, que como un torbellino se apodera también de sus dos compañeras, Ana Praun y Ana Hotz.

El Padre Miguel las mira y sonrío: es evidente que Dios se ha acordado de su escolita para niñas pobres en Stadthof.

Las tres jóvenes maestras están muy empeñadas en formar ellas mismas una comunidad religiosa, ya que los antiguos conventos han sucumbido en las marejadas de la revolución y secularización. Y el Padre Miguel las anima y las orienta: si es auténtica su vocación, les servirá de

preparación. En caso contrario, ellas mismas caerán en cuenta y tomarán la opción conveniente.

Ana Praun, la mayor de las tres, hace de superiora. Y ¡es una superiora muy exigente! Las hace trabajar mucho y en silencio, les impone largos ratos de oración, grandes y pequeños sacrificios, ayuno riguroso dos veces por semana...

Ana Hotz se rebela: ¡No hay derecho! ¡Ella no es más que nosotras! Carolina en cambio lo hace todo con una sonrisa feliz: ¡Si todo aquello le da oportunidad de mostrarle a Jesús que ella lo ama, que lo ama más que a sus derechos, su libertad y su propia vida!

Al Padre Miguel, nada se le escapa: Ana Praun es una buena maestra, pero tendría que ser más humilde... más compañera, más hermana... No parece ser apta para la vida en comunidad. De hecho, después de algún tiempo, ella misma se retira de la experiencia conventual.

¿Y Ana Hotz?

Desde hace años, ella es la amiga íntima e inseparable de Carolina. Las dos se complementan maravillosamente, tanto en tiempos de trabajo como en las vacaciones. Donde la generosidad de Carolina amenaza con la ruina del modesto monedero común, Ana la frena con su sensatez; y cuando la franqueza a veces inoportuna de Ana está a punto de causar algún disgusto, la amabilidad de Carolina lo arregla todo. Una noche, alguien pega en la puerta de su habitación una etiqueta que dice: “Prudente como las serpientes y sencilla como las palomas”. A la madrugada la descubren, se miran y ríen: sí, han caracterizado con mucho acierto a cada una: Ana, la prudente e insobornable, y Carolina, la de la sencillez encantadora.

Ana quiere con locura a Carolina, y Carolina quiere con locura a Dios. Quisiera vivir contemplándolo siempre, con tal que los trabajos escolares no estuviesen tan llenos de distracción. ¿Cómo unir la tan ansiada vida contemplativa con su vida tan activa de maestra?

Una y otra vez le pide consejo al Padre Miguel, y la sabiduría y la santidad del Padre se ven cada vez más reflejadas en ella. Ya no tolera simplemente la pobreza: la ama, porque el Hijo de Dios se ha hecho pobre por amor a nosotros. Ya no luce sus bucles rubios y sus vestidos bonitos: todo en ella se va haciendo muy sencillo. Ya no trata de destacarse en la conversación, pues el Padre le ha aconsejado “hablar poco y con paciencia”. Parece que nunca se cansa; al menos, nunca se oye de ella una queja. Atiende a las niñitas con un amor y con un respeto, como si ella fuese la sirvienta de todas. Claro, es esto lo que ella quiere llegar a ser: la esclava del Señor, como María...

9

Estamos terminando la tercera década del siglo XIX.

Tanto aquí en las jóvenes repúblicas sudamericanas como allá en el viejo mundo, el estado interviene en todo lo religioso, y por lo general no lo hace precisamente con deseos de favorecerlo.

Pero, dicen que el nuevo Rey de Baviera, Luis I, es distinto. Subió al trono en 1825, y dicen que es amigo y exalumno de Monseñor Sailer, el Obispo de Ratisbona, y que estima mucho más la sabiduría de este gran maestro que las ideas antirreligiosas de algunos de sus ministros.

¿No será ahora el momento, se dicen Ana y Carolina, de solicitar ante el Gobierno el permiso para fundar un convento?

El Padre Miguel, ahora Monseñor Miguel Wittmann, pues desde hace unos meses es Obispo Auxiliar de Ratisbona, aprueba el proyecto y les escribe una recomendación llena de elogios por la obra maravillosa que realizan en su escuelita.

“Carolina”, dice, “creo que conviene que la lleves tú misma a Munich, junto con la solicitud. Dirígete al Ministro del Interior. Lo conozco personalmente; es un hombre bueno y recto”.

Así lo hace – claro que en las vacaciones, pues en 1829, un viaje de Ratisbona a Munich no era cosa de unas pocas horas.

El Ministro del Interior lee atentamente el testimonio de Monseñor Wittmann, comprende la justicia de la petición y pide más información a las autoridades de Ratisbona. Éstas apoyan encarecidamente la solicitud, y todo parece marchar bien, cuando la resistencia aparece donde menos sería de esperar: la Comuna de Stadtamhof opina que, ya que su gente goza de los beneficios de una escuela ejemplar, con esto basta, y que un convento no hace falta. Parece que temen tener que sacrificar algo de sus bolsillos. Y es así como las dos abnegadas maestras ven frustrado su intento justamente por aquéllos que más les deben.

A Ana, tanta ingratitud la derrumba. Protesta, llora y no comprende cómo Carolina no pierde la paz ni la sonrisa. “Carolina”, dice una y otra vez con creciente insistencia, “Carolina, creo que una religiosa debe amar la pobreza, la abnegación y el sacrificio, como tú. Yo no puedo más. Veo

que nunca seré capaz de ser una buena religiosa. Te admiro, Carolina; nunca dejaré de quererte, pero no puedo más...”.

Y así fue: nunca dejaron de ser amigas, pero tuvieron que separarse. Carolina quedó sola pero inmovible en su confianza en Dios: Él la había llamado, y Él no dejaría de ayudarle, si lo que ella ansiaba era Su voluntad.

Y evidentemente lo era, pues antes de transcurrir un año, le mandó dos nuevas compañeras, esta vez sí con auténtica vocación religiosa.

10

“Cada comarca en la tierra tiene su rasgo prominente”, como dice el poeta, y, ciertamente, también, cada comarca en la tierra tiene su santuario preferido, donde la gente reza y canta a María, la Madre de todos los pueblos, donde le lleva su cariño, sus alegrías, sus penas y sus ilusiones, y donde se siente escuchado más que en cualquier otro lugar.

El santuario del pueblo de Baviera es Altötting.

Todos los días, la Virgen Madre y el Niño en sus brazos escuchan con amor a los peregrinos y les responden con una mirada y una sonrisa incomparables. Pero de noche, cuando los últimos peregrinos se han retirado, el sacristán ha echado llave a la pesada puerta y la Madre y el Niño gozan de su intimidad... ¿comentarán lo que han visto y escuchado durante el día? ¿Y lo que ha sido de todos aquellos peregrinos que alguna vez les han visitado?

Si es así, aquella noche de mediados de 1829, tal vez Jesús le dijo al oído a su madre: “¿Te acuerdas de Francisco



Nuestra Señora de Altötting.

Sebastián Job, ese sacerdote tan sabio y tan devoto, que estuvo aquí hace un año?”

Y, claro que María se acuerda, ¡si ella es la madre de todos! Y Don Sebastián le había desahogado su corazón con tanta confianza. Le había contado que después de muchos años volvía por primera vez a Baviera, para volver a ver a su pueblo natal, Neunburg vorm Wald.

¡Ah, Neunburg, pobre Neunburg! Al buen sacerdote se le había ahogado la voz al confiarle a María su dolor: su pueblo se había olvidado de Dios, había abandonado la vida cristiana; el egoísmo y el vicio dominaban a grandes y a chicos...

El Padre Job había conversado largamente con su amigo Miguel Wittmann de Ratisbona. Los dos estaban convencidos: sólo mujeres podían salvar la situación, mujeres auténticamente cristianas, pues no hay poder más grande en un pueblo que el amor abnegado de las esposas y las madres.

Pero las mujeres y las jóvenes de Neunburg no sabían de abnegación ni de verdadero amor, ni de virtud cristiana alguna. “Hay que educarlas”, había dicho su amigo Miguel. “Ven conmigo a Stadtamhof y verás por qué yo tengo esperanza en la nueva generación”. Y le había llevado a ver su escuela modelo, donde algunas jóvenes maestras y un enjambre de niñas laboriosas le hicieron olvidar por unas horas la corrupción de su pueblo. “Ah, sí”, había suspirado al despedirse, “si Neunburg tuviese una Carolina Gerhardinger...”

“¿Te acuerdas?” susurra el Niño Jesús al oído de su madre, la Señora de Altötting. Y le confía un secreto: el Padre Sebastián Job, Capellán de la Emperatriz de Austria, que

siempre había usado su sueldo para ayudar a otros, ahora le ofrece su ayuda a su amigo, el flamante obispo auxiliar de Ratisbona, para que las fervorosas maestras de Stadtamhof puedan erigir el ansiado convento. Pero la Comuna de Stadtamhof no les deja...

“¿Qué te parece, Madre”, le dice Jesús a María, “si les ayudáramos a hacer ese convento en Neunburg?”

Es verdad que también Neunburg está lleno de gente incomprensiva, pero Carolina, el Padre Miguel y el Padre Sebastián están seguros: con la ayuda de Jesús y de María, cualquier obstáculo podrá ser vencido.

11

Toda Ratisbona está reteniendo el aliento: el Padre Miguel Wittmann, el hombre de Dios, el formador de corazones generosos, el sostén de los necesitados, está gravemente enfermo.

Están con él en su habitación algunos amigos, entre los cuales sólo el joven sacerdote Matías Siegert sabe de la última gran alegría que el obispo moribundo tuvo hace muy poco: el municipio de Neunburg, antes tan cerrado como el de Stadtamhof, había escuchado su pedido y sus razones, y le había donado una vieja iglesia y un pequeño terreno para que se pudiesen construir un convento y una escuelita.

Pero ahora, el Padre Miguel está mortalmente cansado... ¿Se acordará aún de Carolina, de su escuela en Stadtamhof, de su posible convento en Neunburg?

Ha llegado una carta del Padre Sebastián, donde éste le ofrece todo su apoyo y sugiere que Carolina viaje a

Neunburg para ver de cerca la situación. Carolina ya se está preparando; dentro de unas horas partirá la diligencia. Pero de esto, al Padre Miguel no le han dicho nada. Está demasiado agotado...

Sin embargo, de pronto le dice al Padre Matías: “Viaje usted con ella, Padre... ayúdele con su consejo... mire, que esto no es cosa humana, es obra de Dios...”. Y con gran devoción le da su bendición de Obispo para que el Padre Matías se la transmita a Carolina.

Y el Padre Matías va, no sin la dolorosa pregunta en lo íntimo del corazón: ¿Lo volveré a encontrar con vida?

Sí, lo encuentra con vida a su regreso, aunque debilitado al máximo. No se anima ya a hablarle, pero el moribundo le pide con su última fuerza: “Cuénteme...”.

Y Matías Siegert le cuenta: “Todo va bien, el convento se hará, se ve claramente que es obra de Dios...”.

El Obispo Miguel Wittmannn sonrío; ya no le queda fuerza para hablar. Su mirada pide al amigo la ayuda de su oración, pues ha llegado para él el momento de atravesar aquella puerta oscura que no separa de la Casa del Padre...

Mientras las campanas de todas las iglesias de Ratisbona anuncian la muerte de su santo Obispo, en el corazón del Padre Matías resuena como una campana más el último pedido de su amigo y guía espiritual: “Quédese usted con ellas, no las abandone, necesitarán su consejo, es obra de Dios, no es cosa humana...”.

Y tan seriamente se siente comprometido, que desde ahora y hasta el fin de su vida pone todas sus fuerzas al

servicio de la naciente comunidad religiosa de las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora.

12

Nuevamente, después de muchos años, Carolina se siente hamacada por las olas del Danubio. Nuevamente, como en aquel primer viaje con su padre querido, ve perfilarse con nitidez creciente las torres de Viena, la ciudad imperial.

¡Ah!, ¡con qué alegría y entusiasmo había entonces llenado sus ojos, su mente y su corazón de toda esta belleza! Hoy, su rostro expresa pena y preocupación. Al anclar en Pasovia, nuevos pasajeros que subían a la balsa han traído la triste noticia que ella había presentado desde su partida de Ratisbona: Wittmann, el santo Obispo Wittmann, su guía espiritual, Wittmann, el inspirador de la obra cuyo instrumento debía ser ella, había muerto. Y ella, fiel a su mandato, tenía que seguir rumbo a Viena para encontrarse con el Padre Sebastián Job.

También esto la preocupaba un poco: ella, la humilde maestra, debía dialogar con el sabio Capellán de la Emperatriz.

Lo había visto ya varias veces, pues en sus visitas a Ratisbona, el Padre Sebastián Job había ido a conocer y a apreciar en Stadtamhof la escuela tan cara a su amigo Miguel Wittmann. Ahora, el Padre Miguel le encomendaba a él como un sagrado testamento la continuación de esta obra.

Y el Padre Sebastián está dispuesto a poner en ella todo lo suyo: su tiempo libre, su espíritu hondamente

arraigado en Dios, su corazón sabio y bondadoso, también su sueldo (pues él poco o nada necesita), y su influencia en la corte y ante las autoridades de Neunburg, su ciudad natal...

Muy pronto, el Padre Sebastián llega a apreciar profundamente a Carolina, pues cuanto más trata con ella, más se admira de su generosidad, su humildad, su espíritu enamorado de Dios, su valentía decidida, su prudencia... Evidentemente, Dios está obrando en esta joven que con tanta entereza se le ha entregado.

Más tarde, cuando Carolina está dirigiendo la construcción del Convento en Neunburg, el Padre Sebastián la orienta con sus cartas llenas de afecto y de estima.

No es fácil la tarea de Carolina y de sus intrépidas compañeras en esos días; y el Padre les anima: “¡Construid y comenzad con la confianza puesta en Dios! Si vienen obstáculos, contratiempos, fatigas, tanto mejor. Todo esto es índice seguro de que la obra tiene su principio en Dios y es consoladora señal de que va en contra del demonio y de su reino”.

¡Qué gente recia aquella!, a quien se podía decir: “Si vienen problemas, ¡tanto mejor!”.

Ciertamente, problemas había en Neunburg. Estaba, por ejemplo, el Señor Ritter, un viejo maestro, ya jubilado, que todavía recibía el sueldo de la escuela de niñas que hacía tiempo no funcionaba. Pero, se decía él, si ahora empiezan éstas, esas muchachas intrusas, a enseñar a las chiquillas, ¿no serían ellas a quienes tocaría cobrar ese sueldo? Ritter se propone frustrar su intento y empieza por hacerles mal ambiente entre la población y ante las autoridades. El Padre Job se entera de sus intrigas y escribe a la valiente pionera: “¿Así que hay lucha, porque hay contrarios? Esto ni me

sorprende, ni va contra mis deseos. Mi querida hermana en Cristo: ¡Lucha y sé constante! Venceremos fácilmente a nuestros enemigos, pero... ¡con la oración!

Y Carolina encuentra el modo de desarmar a su adversario principal: decide que el sueldo correspondiente a su trabajo siga perteneciendo íntegro al ex maestro Ritter. Todo el pueblo de Neunburg respira con alivio, pues realmente, es urgente que empiece ya a funcionar la nueva escuela para niñas.

Están por comenzar las vacaciones de verano. Al iniciarse el nuevo año escolar, el 24 de octubre de 1833, Carolina y sus compañeras pondrán en marcha su primer convento y la primera escuela propia. Por eso, el 24 de octubre de 1833 puede ser considerado el día del nacimiento de la nueva Congregación.

13

¡Tiempo de vacaciones! Ha terminado un año escolar. Para Carolina ha terminado una etapa de su vida: dejará definitivamente Ratisbona y Stadtamhof, para comenzar una vida nueva en Neunburg vorm Wald.

Por fin se hacen realidad sus sueños: tendrá un convento, pequeñito y muy pobre, pero un verdadero convento, con dos cohermanas: Bárbara Weinzierl y María Blass.

Hace falta para ello la aprobación del Obispo diocesano de Ratisbona, quien no pone obstáculos, ya que, además de Carolina, se la ha pedido el Padre Sebastián Job. El Señor Obispo les cede como director y consejero espiritual a uno

de sus mejores sacerdotes, el Padre Matías Siegert, pues sabe que éste no sólo está capacitado como pocos para este cargo, sino que así lo ha querido el mismo Obispo Miguel Wittmann, cuyos reos descansan ahora en la Catedral.

Pero todavía falta algo más: Carolina, que tendrá que ser la Superiora de la nueva comunidad, tiene una profunda y sólida formación religiosa, pero nunca ha participado de una vida conventual. Esta inexperiencia, opina Job, habrá que subsanarla. Y él mismo propone el remedio: Ahora que está de vacaciones, dice, podrá Carolina compartir la vida de algunas comunidades religiosas. Él conoce a varias muy buenas, que a su pedido abren a Carolina sus puertas y sus corazones de par en par.

Así Carolina Gerhardinger pasa sus vacaciones en las distintas comunidades de la comarca y acumula un tesoro de impresiones santas y felices. El Carmelo de Gmund atrae tanto a su alma contemplativa, que cuesta trabajo recordarle que debe partir, que su vida más que de piadoso retiro será de intensa actividad. Pero jamás se olvidará, y no dejará que lo olviden sus Hermanas, que toda vida religiosa, por más activa que sea, necesita ser impregnada de contemplación.

Y llega el 24 de octubre de 1833. ¡Con qué alegría pura y llena de gratitud inician su vida conventual las tres casi-religiosas! “Casi” – porque aún no se les ha permitido profesar públicamente su consagración a Dios. Carolina, que es la más adelantada, podrá hacerlo el 16 de noviembre de 1835; sus compañeras tendrán que esperar un año más.

Desde entonces y como signo de una vida nueva, llevan nombres nuevos y vestidos diferentes: Carolina, a quien el Padre Job gustaba de llamar “Carolina teresiana” y “estimada, venerable gitana”, se llama ahora María Teresa

de Jesús; Bárbara es la Hermana María, y, para honrar a la Sagrada Familia en pleno, Ana Aichinger (una joven campesina que se ha agregado al grupo) toma el nombre de Josefa.

El hábito religioso que ahora pueden usar, no sólo expresa la seriedad de su decisión de pertenecer al Señor; al mismo tiempo hace que el pueblo las reconozca como “religiosas de ley”. Antes, cuando tenían en Neunburg más adversarios que amigos, había alaguna vez caído la palabra despectiva: “Por esa monja y media...” Y era que consideraban a cada una de las tres jóvenes sólo como media religiosa, porque aún no vestían hábito.

Pero la historia más linda acerca de su vestido negro, su amplia pechera blanca, su toca, su ancho cinturón y su gran rosario, se la contó la flamante “Madre Teresa” una tarde con los ojos brillantes de alegría y emoción: Cuando, hace doscientos años, la Virgen María se le apareció a la fundadora de las Canonisas de Notre Dame, ella, la Madre celestial, llevaba un vestido igual al que ahora usaban las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora. Tenía el Niño en sus brazos y se lo alcanzaba a Alicia, la Fundadora de Notre Dame, diciéndole: “Hazlo crecer”.

“Hazlo crecer”, repiten suave y respetuosamente la Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora, mientras se desviven por hacer crecer a Cristo en los corazones jóvenes que el Señor les ha confiado.

14
Febrero de 1834. Todavía hay nieve sobre los techos, en las copas de los árboles y en los rincones sombríos, pero

en los lugares más soleados ya se asoman las primeras florecillas. En la escuelita de Neunburg reina la misma alegría preprimaveral, cuando de pronto y como un rayo cae sobre ellas la noticia que menos se esperaba: el Padre Sebastián Job, sostén espiritual y material de la pequeña comunidad, ha muerto repentinamente en Viena, hace pocos días.

¿Qué hacer ahora? El edificio escolar está a medio construir; no hay nada pago todavía. Las tres maestras no ganan ni un centavo, y también el Padre Matías ha renunciado a su puesto remunerado para ponerse total y abnegadamente al servicio de la “Obra de Dios”, como su amigo Miguel Wittmann la había llamado.

Sí, la obra de Dios... Cuando Dios crea, lo hace a partir de la nada... De hecho, ahora sus servidores en la escuela de Neunburg están frente a la nada.

Pero Carolina no espera de brazos cruzados: ¡A Dios rogando y con el mazo dando! Pocos días después de haber recibido la noticia de la muerte de Job, ya la encontramos nuevamente viajando hacia Viena. Casi no le alcanza el dinero para el viaje en balsa, que en este tiempo de deshielo es más incómodo y peligroso que en ningún otro.

Viena, la hermosa ciudad imperial, parece gris esta vez. No está más el Padre y amigo; su ama de llaves la recibe con palabras duras: “Ah, ¿ya se ha venido usted? ¿Verdad que no piensa más que en heredar?”

Sin embargo, Carolina sabe que el Padre Sebastián, además de objetos de culto para la capilla, ha depositado una buena cantidad de dinero para su obra, ¡y le hace tanta falta! Sí tan sólo supiera cómo hacer para poder cobrarlo...

Lo podrá hacer, se le contesta en el juzgado, con tal que certifique la existencia jurídica de su convento. Y su convento aún no está aprobado por el Gobierno de Baviera. Ni tiene esperanza de serlo, pues el gobierno jamás va a aprobar a un convento que no tiene ningún medio de subsistencia.

Se necesita el coraje de Carolina Gerhardinger para no desanimarse ante semejante círculo vicioso: no le dan el dinero porque su convento no está aprobado, y no aprueban su convento porque no tiene dinero...

Confiando en Dios y pidiendo a Job y a Wittmann que le ayuden desde el cielo, escribe una carta al Rey Luis I de Baviera. Lo hace en ese tono de humildad y libertad unidas, que caracteriza a las almas grandes. Del mismo modo escribe también al Obispo de Ratisbona. Si él apoya su pedido ante el Rey, será más fácil que éste lo escuche. Finalmente se le ocurre una idea genial: Y... ¿si hablase con la Emperatriz...? Ella es la hermana del Rey Luis de Baviera. Apreció mucho a su santo capellán. El Padre Job había pensado en interesarla por la obra. ¿No estaría ella dispuesta a ayudarles ahora, en su mayor necesidad?

Carolina lo intenta, y la Emperatriz no le falla. No sólo le da una carta de recomendación para Luis I, Rey de Baviera, sino le hace además una donación de mil gulden. “Lleve la carta personalmente a mi hermano”, le aconseja cariñosamente.

Ya puede partir Carolina, consolada y reconfortada, hacia Munich. Al pasar por Ratisbona, también el Obispo y su Decano le dan cartas con cálidas recomendaciones. Así Carolina, si bien con el corazón palpitante, podrá animarse a presentar su solicitud ante el Rey.

15

“Son las diez”, dice el gran reloj que está en la torre de San Cayetano en Munich. “Sí, las diez”, responden los relojes de San Pedro y del Espíritu Santo, y también el de la Catedral de Nuestra Señora opina lo mismo.

Sin embargo, aquella mujer silenciosa e inmóvil, arrodillada frente al Sagrario, no se da por enterada. La presencia de su amado Señor Jesucristo la ha hecho olvidar todo: la hora avanzada de la mañana, la lejanía de su Neunburg y hasta la enorme preocupación que un rato antes le oprimía el corazón, pues ninguno de sus graves problemas ha sido resuelto todavía.

Sí, ella ha entregado en el Palacio real las cartas y las recomendaciones, y ayer supo que hoy, 23 de mayo a las diez horas, el Rey Luis le iba a conceder la audiencia pedida. Está en juego la vida o la muerte de su pequeña comunidad religiosa, de la obra que tanto le han recomendado Wittmann y Job. Carolina no ha podido dormir en toda la noche, pero ahora se ha olvidado del Rey Luis y de la audiencia: está en audiencia ante Jesús, y este Rey ha cautivado toda su alma.

“Las diez y cuarto”, dice con voz severa el reloj de la torre.

¡Las diez y cuarto! ¡A las diez era la audiencia! Carolina Gerhardinger se levanta sobresaltada. Mira con una confianza ilimitada hacia el sagrario mientras dobla reverente su rodilla hasta el suelo, y casi corriendo se dirige al palacio real.

Allá la reciben con miradas severas y palabras de desaprobación: ¡Hace rato que el Rey la está esperando!

¿La querrá recibir todavía? ¿Estará muy enojado? ¿Tendrá aún la paciencia de escuchar el relato de su necesidad? Carolina lo quiere intentar, si bien tiene un nudo en la garganta...

Al fin la llevan al despacho del Rey. Por primera vez se ve frente a ese hombre alto y esbelto, de mirada penetrante y sonrisa alentadora, acostumbrado a obrar de acuerdo a lo que ve bueno para su pueblo aunque todos sus supersabiondos ministros estén en contra.

El Rey mira amablemente a su joven visitante y le entrega algunos papeles, sin decirle qué hay en ellos.

Carolina, que durante toda la noche ha estado pensando en cómo exponer ante él su situación, comienza a contarle, y el Rey escucha con vivo interés. Pero cuando Carolina llega al punto donde tiene que pedirle la aprobación del Gobierno para su instituto conventual, el Rey la interrumpe: “Ya está concedido. Todo está aprobado”.

Carolina casi se olvida de cerrar la boca: ¿Cómo? ¿Es verdad? ¿Será posible?

El Rey tiene que volver a decirle: “Sí, y ya está firmado. Lea usted, aquí: Luis. Vaya con esto al gobierno de Ratisbona. Es mi voluntad que todo esto se ordene exactamente de acuerdo al espíritu y la voluntad del Fundador, el Capellán de la Corte Job”. Y sin decir más, agrega a los papeles mil gulden de su caja privada, como contribución suya a la fundación de Job.

Carolina no cabe en sí de alegría. Ahora, que el Rey ha aprobado su instituto, también el Obispo puede darle la aprobación eclesial. Ahora tiene también su nombre: “Hermanas de las Escuelas de Notre Dame de Neunburg

vorm Wald”, y una regla como todo instituto religioso: la de las Madres de Notre Dame (que habían sido las primeras maestras de Carolina), actualizada y completada por el Padre Job. Carolina – no; la Madre Teresa, pues así se llama ahora, es la Superiora. Hay seis novicias; mucha, muchísima pobreza; mucho, muchísimo amor, y un entusiasmo único por seguir adelante contra viento y marea.

16

¡Gran revuelo en la fuente pública de Neunburg!

Doña Úrsula, la vieja charlatana que se entera de todo, nadie sabe cómo, y que todo lo cuenta con lujo de detalles, todo el mundo sabe que la mitad es inventada, pero igual, todo el mundo la escucha con la boca abierta, pues bien, doña Úrsula, a quien no le falta coraje, ha logrado acercarse a las tres monjitas que desde hace unos meses están a cargo de la Escuela de Niñas.

No le habrá resultado fácil, pues las tres viven tan retiradas, tan dedicadas a su labor educativa y a sus piadosas oraciones, que casi no se las ve.

“No son tres”, dice doña Úrsula subrayando la importancia del número, “¡son como diez que viven junta en el convento! Hay por lo menos media docena de chicas jovencitas allí, todas para aprender de monja. ¿De qué viven? Pues yo no sé... Quinta no tienen, horno tampoco, y por lo que ganarán esas tres que enseñan a la chiquilina...”

Pobre doña Úrsula... ¡Si supiera que ninguna de las tres gana un centavo!

Doña Rosa, cuya casa queda al lado del convento, sabe algo más: todos los lunes por la tarde, ella, que tampoco tiene mucho, presta su único fuentón a la Hermanitas, y el martes por la mañana, cuando lleva a su Maruquita al colegio, lo recibe de vuelta, limpio y seco. Se creería que nadie lo hubiera usado, si no fuera por la ropa que está revoloteando en la soga. ¿Cuándo la habrán lavado? A la madrugada, antes de salir el sol, ¡no puede ser de otra manera! Y pensar que cada balde de agua se lo tienen que buscar aquí en la fuente, pues tampoco tienen bomba de agua.

Lo que doña Rosa no sabe, es que para comenzar la tarea nocturna del lavado, las monjitas no se levantan de la cama, pues hace rato que están levantadas. Si doña Rosa y doña Úrsula y las demás charlatanas de la fuente supieran qué profunda alegría y qué fuera invencible y que entusiasmo sin límites encuentran esas mujeres enamoradas de Cristo en sus horas de oración nocturna, ya no se sorprenderían por qué nunca desaparece la sonrisa de sus labios, por qué las chiquillas más retraídas de las familias más desconfiadas terminan por abrirse ante ellas como pimpollos ante el sol primaveral...

Sí, las Hermanitas de Neunburg son materialmente muy pobres, mucho más pobres de lo que pueden entrever doña Úrsula y doña Rosa. “Aún más pobres de lo que nosotras mismas hubiésemos deseado”, dice bromeando la Madre Teresa, su joven Superiora. Ella ama mucho la pobreza que la hace semejante a Jesús pobre, pero duele no poder dar un pedazo de pan más grande o una frazada más abrigada a esas jóvenes que han puesto sus vidas al servicio de la Obra de Dios.

Sin embargo, ¡qué bueno es Dios! Nunca han sufrido hambre por mucho tiempo. Recién ayer llegó al convento un carro lleno de víveres, nadie sabe de dónde, y hasta doña Úrsula tarda varias semanas en averiguar quién manda cada tanto esas misteriosas encomiendas. Y entonces tiene que convencerse de que no sólo las chiquillas y las mujeres humildes y la gente pobre de Neunburg quieren cada vez más a sus Hermanitas, sino que éstas son admiradas y estimadas hasta mucho más allá de Neunburg y Ratisbona. En la Corte Real de Munich y hasta en la Corte Imperial de Viena se comenta y se observa con vivo interés las maravillas que hace en Neunburg un grupito de mujeres valientes que siguen las huellas de Wittmann y de Job.

Pero éstas, que no se fastidian por la charlatanería en la fuente pública, tampoco se engríen por la aprobación de los grandes: sencillamente aman y sirven y se sienten cada día más felices porque el Señor ha hecho cosas grandes en ellas.

17

Aún no son las cuatro de la mañana. Entre los abedules pasa una ligera brisa. Pronto se sentirá la tibieza de los primeros rayos del sol. No tardarán en despertar los ruidosos gorriones y las dulces calandrias. Todavía reina en el bosque un silencio profundo y devoto, casi como en una iglesia.

Y como si estuviera en una iglesia, avanza la Madre Teresa, con el rosario en una mano. En la otra, ¿qué lleva en la otra? Son sus zapatos, pues para hacerlos durar más tiempo, los sacó cuando dejó atrás las últimas casas de Neunbug y los volverá a calzar cuando se aproxime a la vecina población de Schwarzhofen. Mientras avanzan sus

pies descalzos sobre el musgo húmedo del rocío, su corazón y sus labios saludan una y otra vez a María, la Virgen Madre, caminando al encuentro de su prima Isabel.

Cada lunes hace este recorrido solitario, desde que en diciembre de 1836 ha llevado a un grupo de Hermanas a Schwarzhofen para fundar allí una escuela semejante a la de Neunburg. Hacía tres años que la gente de Schwarzhofen lo venía pidiendo. Sí, los había hecho esperar mucho tiempo. No le faltaba buena voluntad, ni tampoco Hermanas, pues muchas jóvenes generosas y entusiastas vienen a agregarse a su obra. Pero, ¡ay!, las autoridades civiles y eclesiásticas, tan bien intencionada, no comprenden que un grupo de religiosas pueda vivir sin suficientes recursos económicos.

¿Será que nunca han oído lo que Nuestro Señor dice de los lirios del campo o de los pájaros del cielo, que no se detienen en semejantes preocupaciones, y sin embargo, Dios no les deja faltar lo necesario? ¿Será que no saben o no creen que la pobreza de Schwarzhofen no podría ser mayor que la de Neunburg, y que ellas allí viven felices?

La Madre Teresa en algún momento tuvo la osadía de recordar al Señor Obispo a Daniel y sus jóvenes amigos, que por permanecer fieles a su Dios rehusaban comer los manjares de la mesa de Nabucodonosor, Rey de Babilonia. “Dios no defraudará nuestra confianza, así como no defraudó la de ellos”, decía en su carta llena de optimismo. Pero el Señor Obispo se enojó muchísimo aquella vez y le dijo palabras muy duras. Se necesitaba la valentía y la humildad de la Madre Teresa para volver a dirigirse a él y exponerle respetuosamente que lo único que ella deseaba era socorrer a la apremiante necesidad de tantas chicas pobres, porque eso le habían encomendado Wittmann y Job. Debe haber sido el mismo Espíritu Santo que entonces

asistió al Señor Obispo, borrando de su mente toda sombra de enojo y de incomprensión.

De modo que ahora también en Schwarzhofen hay una escuelita de las Hermanas de Nuestra Señora. La misma Madre Teresa la dirige, pero va los fines de semana a Neunburg, donde la comunidad es demasiado joven para prescindir totalmente de su conducción. Los lunes a las tres de la madrugada se vuelve a encaminar a Schwarzhofen, atravesando el bosque silencioso, en una mano los zapatos, en la otra el rosario...

Pronto Neunburg y Schwarzhofen no serán sus únicas escuelas, pues en todas partes hay chicas pobres a las que nade enseña, y la gente de la comarca y mucho más allá de la comarca está cada vez más llena de admiración al ver cómo ha cambiado la juventud de Neunburg y de Schwarzhofen, desde que tiene su escuelita de Hermanas.

18

6 de marzo de 1840.

Es muy tarde ya, pero las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora no se animan a recostarse. Tampoco pueden trabajar, apenas rezar: la pena y la preocupación les anudan la garganta y les paralizan las manos. Hace más de un mes que la Madre Teresa yace gravemente enferma. El médico no sabe qué pensar, no hay medicamento que le ayude, y hoy parece que ha de llegar su última hora.

Hace unos días, el Padre Matías Siegert ha tratado de animar a las Hermanas hablándoles del santo Padre Francisco Handwercher, párroco de Schneiding. "Es un santo

varón de Dios; ya más de una vez Dios ha dado la salud a enfermos graves por la oración de este sacerdote”. Y le ha mandado una carta urgente a su Hermano en el sacerdocio, para que, si pudiera ser, viniese a socorrer a la atribulada comunidad con su presencia y su oración.

El Padre Matías está seguro de que el Padre Francisco no le fallará; pero, ¿llegará a tiempo? ¿Llegará la Madre con vida a la próxima madrugada?

Al fin se oyen ruidos en la puerta. A Dios gracias, ¡llegó el Padre Francisco!

Casi no hay tiempo para saludarle: las Hermanas, con los ojos llenos de lágrimas, le suplican: “Por Dios, Padre, vaya en seguida a verla, ¡antes que sea tarde!

Cuál no es su asombro cuando el Padre les responde: “No, Hermanas. Déjenla dormir hoy. Mañana temprano celebraremos la Misa en acción de gracias; después veremos”.

Y las Hermanas soportan una noche más su angustia, y la llevan a la capilla al amanecer. El Padre les pide que canten las alabanzas de Dios, y lo hacen, pero mezclando sus sollozos entre las melodías. Recién cuando, después de la Misa, termina el himno de acción de gracias, el Padre Francisco deja el altar y, acompañado por el Padre Matías y las Hermanas, va al cuartito de la enferma.

El rostro de la Hermana enfermera refleja asombro: “Anoche estaba agonizando, y luego, por primera vez desde hace varias semanas, durmió tranquilamente toda la noche”. El Padre Francisco sonrío: ¡Y, ¿cómo se encuentra ahora?” “Muy dolorida y completamente entumecida”, contesta la Hermana. “Bien, dice el Padre Francisco, “entremos a verla, a

rezar sobre ella y a darle la bendición”. Así lo hace, y los miembros de la Madre Teresa recobran el movimiento.

Esta vez no es necesario que el Padre Francisco invite a las Hermanas a cantar las alabanzas de Dios: en toda la casa de Neunburg se respira gratitud, amor, alabanza y el renovado propósito de todas: “Cantemos siempre al Señor, ¡sigámosle con todas nuestras fuerzas!”

No sólo están jubilosas las Hermanas y su fiel director espiritual, el Padre Matías; también las jóvenes candidatas a la vida religiosa están fuera de sí de alegría. Son cuarenta ahora, cuarenta cabecitas estudiosas (unas más, otras menos), cuarenta pares de manos laboriosas (aunque no todas han aprendido en su casa los quehaceres domésticos: Josefa, por ejemplo, esa chica tan bonita que entró hace poco, recién está aprendiendo a manejar la escoba); pero, sobre todo, hay en la candidatura de Neunburg cuarenta corazones amantes, generosos, alegres, a veces desbordantes de travesura.

En cuanto a travesuras ciertamente Josefa es la primera. No hay día sin que arme algún pequeño lío. Su víctima preferida es Kathi, su compañera de mesa en el comedor. Kathi es la más piadosa de todas; no sabe lo que es guardar rencor, si bien el diablillo de Josefa a veces le arranca un suspiro.

El Padre Matías les da clases de pedagogía y las observa también en los recreos. Él comprende lo que no todos ven: que la piedad de Kathi, auténtica y profunda, y la picardía risueña de Josefa, vienen de una misma fuente: la felicidad ilimitada de un corazón que ha decidido seguir a Cristo sin restricciones.

Una tarde, cuando la Madre Teresa ya se ha restablecido bastante para pasar un rato entre la juventud conventual, dice despacito a la Hermana que está a su lado: “Estas dos me gustan mucho, especialmente Josefa. Creo que con la gracia de Dios podemos esperar grandes cosas de ella”.

19

¡Qué temprano oscurece en las frías tardes de diciembre!

La Señora de Aibl se asoma a la puerta de su casa y escudriña el cielo. Puede ser que nieve esta noche. Nubes muy grises y muy bajas cubren la ciudad de Munich y el suburbio de Au, donde se encuentra la casa del cochero Aibl. La esposa del cochero, una mujer rústica, corpulenta, dominadora y autosuficiente, se dispone a entrar nuevamente, cuando el Padre José, el más joven de los curas de la parroquia, se acerca con paso rápido y la detiene: “Señora, tengo que pedirle un favor”.

La Señora de Aibl frunce el seño: en todo el Au se sabe que ella no es muy amiga de hacer favores. Pero el Padre José sigue: “Tendrá que dar alojamiento a tres Hermanitas que han venido de lejos, desde Neunburg...”. “Y, ¿para qué han venido acá? Yo no las llamé, ni las quiero”. “El Padre Rabl las llamo,” contestó pacientemente el joven sacerdote. “Quiere que funden una escuela aquí para las hijas de los pobres”. “¿Para las chicas de la calle? ¿Esas, que andan mugrientas todo el día, y que no saben más que robar y mentir y decir malas palabras? No vale la pena”. “No sé si vale la pena, Señora, pero... como nuestro párroco, el Padre Rabl, es Inspector de escuelas de todo este distrito, parece

que a él le interesa mucho. Lo malo es, que en estos días el Padre Rabl no está aquí y las Hermanas acaban de llegar. Tiene que recibirlas usted, no hay otro lugar por ahora...”.

La mujer del cochero se muerde los labios. Hubiera querido decir que no tiene lugar, pero demasiado bien sabe el Padre que en su casa hay una piecita desocupada, la que había sido de su hijo. ¡Ah! pero, ¡esas intrusas no tocarán las cosas que han sido de su Franz!

Rápidamente decidida, y casi sin despedirse del Padre, la Señora de Aibl entra en la casa, llama a la muchacha y a uno de los peones y, como si se tratara de una fuga, sacan con precipitación cuanto hay de movable en la habitación: dos sillas, una pequeña mesa, una cama, un viejo ropero...

Cuando pocos minutos más tarde llegan las Hermanas, se encuentran en un cuarto absolutamente vacío. “A Dios gracias, estamos bajo techo”, sonríe la Madre Teresa, y su mirada profunda dice, lo que sus labios callan: “¡Qué bueno es sufrir un poco por nuestro Señor!”

Sin embargo, no se olvida del cansancio, del hambre y del frío de sus compañeras, y confiando a pesar de todo en la bondad de la dueña de casa, va y le pide un poco de sopa caliente. Pero el mal talante de la Señora de Aibl sigue: “Yo sé cocinar para los peones de mi marido, pero ¡no para esa clase de gente que son ustedes!”

Dulcemente responde la Madre Teresa: “¿Podríamos tal vez tener un poco de la sopa de los peones? Le estaríamos muy agradecidas”. Sin más, la Señora se vuelve hacia la cocina, y al rato trae una fuente con sopa de fideos y una cuchara. Sonriendo agradecen las Hermanas, y tras una breve oración se sientan sobre sus valijas, colocan la fuente en el medio y se turnan en usar la única cuchara.

Luego tratan de dormir sobre el suelo duro y frío, cubiertas sólo con sus mantas de viaje.

Por suerte, el día siguiente se enteran la Hermanas Servitas de la necesidad de estas religiosas y las llevan a vivir con ellas, hasta que el Padre Rabi pueda disponer una casa para las dos que se harán cargo de la nueva escuela, mientras la Madre Teresa tiene que regresar a Neunburg.

20

¡Qué pasa en la casa de Neunburg? Se ha convertido en un hormiguero? Todo el mundo, Hermanas, Candidatas, alumnas y hasta la misma Madre Teresa van y vuelven, separan cosas, arman fardos, vuelven a desarmarlos para agregar alguna cosa olvidada – pues, ¿qué están por emprender? Para un viaje alrededor del mundo, no creo que tengan los medios, ni tampoco el tiempo, pues como dice la Madre Teresa, todo su tiempo pertenece a Dios y a las niñas necesitadas de sus cuidados. Pero... ¿adónde van? Porque, de un viaje se trata sin duda, o más bien, de una mudanza.

Ahí vienen las dos adversarias inseparables, Kathi y Josefa, trayendo una gran caja de madera. “Así que nuestro Neunburg dejará de ser Casa-Madre”, suspira Kathi. “No te aflijas”, murmura Josefa, “pasará a ser Casa-Abuela”. Y le alcanzan el cajón a la Madre Teresa.

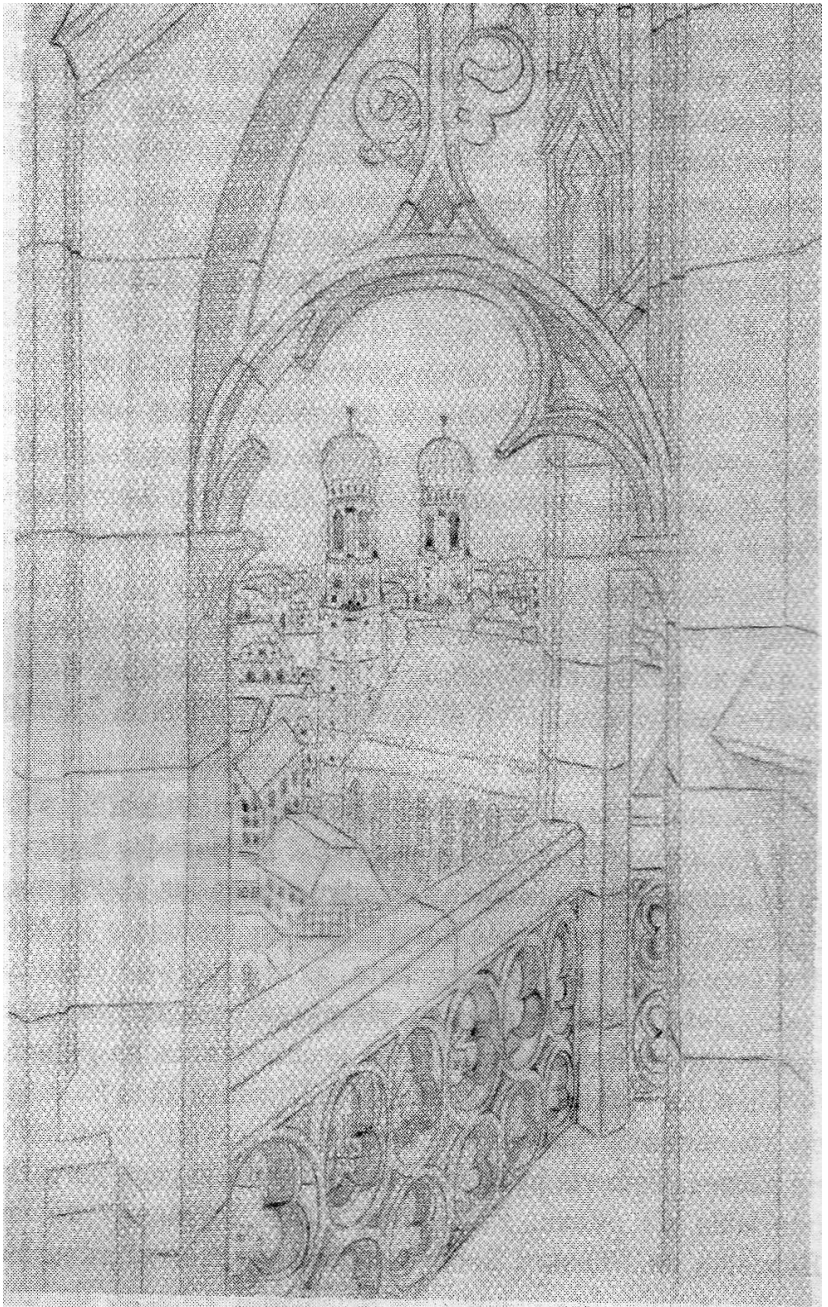
El rostro de la Madre, cansado, pero feliz, deja entrever muy poco de los esfuerzos que le ha costado conseguir lo que al fin tienen al alcance de sus manos: una Casa-Madre nueva, amplia, en el corazón de Munich, la Capital de Baviera.

Bueno, “nueve” es mucho decir, pues la casa no sólo data del siglo XIII, donde el padre del Emperador Ludovico el Bávvaro la había hecho construir para las Hermanas Clarisas. Esta venerable antigüedad encantaría a la Madre Teresa. Lo que no la encanta, es el estado espantosamente deteriorado de la casa. Ha pasado casi medio siglo, desde que el Estado en su afán secularizante ha echado de allí a las monjas de Santa Clara. Durante años ha estado abandonada; por mucho tiempo ha servido como asilo de pobres. Todavía hará falta mucho trabajo para volverla habitable de nuevo. Entre tanto, las Hermanas de las Escuelas de Nuestra Señora podrán vivir en el suburbio de Au, donde desde hace un año están a cargo de una escuelita.

Munich... En Munich, la ciudad que gracias al genio del Rey Luis I se está convirtiendo en el centro cultural más importante de Alemania, la juventud de la congregación podrá adquirir una formación profesional acorde con las exigencias crecientes de un futuro que la Madre Teresa prevé con espíritu profético.

Un grupito de seis Hermanas permanecerá en Neunburg; otras, al igual que la Madre Teresa, se alistan para la partida. Irán a Munich también las mayores del grupo de candidatas (entre ellas Josefa Friess y Kathi Tripps), para recibir allí el hábito y un nuevo nombre, que será suyo para toda su vida religiosa. Cuesta un poco imaginarse a la picaresca Josefa como novicia seria y respetable, pero ella misma casi no ve la hora de comenzar esa etapa de intimidad profunda con Jesús, que es el Noviciado.

En ello está pensando, cuando siente la voz de Kathi, sorprendida y decepcionada: “Otra vez no alcanza, y ¡hemos tomado todas las medidas!”. Qué raro.: no había forma de hallar un cajón donde pudieran trasladar a Munich el



Munich.

hermoso crucifijo del Padre Wittmann. La comunidad de Hermanas lo guarda como uno de sus más preciados recuerdos y quiere que en Munich invite a las Hermanas a orar, a pensar y a amar, como hasta ahora lo ha hecho en Neunburg. Pero, ¿será que la jóvenes en la emoción y el trajín de los preparativos no han acertado a tomar bien las medidas? O ¿querrá Nuestro Señor permanecer en Neunburg, la cuna de la congregación? En este caso, y parece ser así, porque tampoco la Hermana Magdalena consigue embalarlo convenientemente – sí, en esta caso, la Madre Teresa no insiste y la imagen de Nuestro Señor queda en Neunburg, mientras la Madre con Hermanas y Candidatas emprende el viaje hacia una nueva etapa de su vida y de la vida de la Congregación.